

Capítulo 3: Mercados, empresas transnacionales y economías nacionales	Título
Boron, Atilio A. - Autor/a;	Autor(es)
Imperio & imperialismo: una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2002	Fecha
	Colección
Empresas transnacionales; Filosofía política; Teoría política; Imperio; Imperialismo; Economía nacional; Mercados;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100604015229/5cap3.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Capítulo 3

Mercados, empresas transnacionales y economías nacionales

La cándida aceptación que Hardt y Negri hacen de un aspecto crucial de la ideología del mercado mundial retrata de manera clarísima las consecuencias de su radical incompreensión del capitalismo contemporáneo. Inexplicablemente empeñados con el mito nada inocente de que los estados nacionales están próximos a su completa desaparición, nuestros autores hacen su ya como si fuera la verdad revelada por un profeta la opinión del ex secretario de Trabajo de los Estados Unidos, Robert Reich, cuando escribió que

"...puesto que casi todos los factores de producción el dinero, la tecnología, las fábricas y los equipamientos cruzan sin es fuerza las fronteras, la idea misma de una economía [nacional] va perdiendo sentido... [En el futuro] no habrá productos o tecnologías nacionales, ni empresas nacionales, ni industrias nacionales. Ya no habrá economías nacionales al menos en el sentido en que comprendemos hoy ese concepto" (p. 147).

Cuesta creer que un intelectual del calibre de Toni Negri, quien en el pasado demostró un fuerte interés en los estudios económicos, pueda citar una opinión como la precedente. Primero que nada, Reich astutamente habla de "casi todos los factores de la producción", una manera elegante de evitar referirse al hecho embarazoso de que hay otro factor crucial de la producción, la fuerza de trabajo, que "no cruza sin esfuerzos las fronteras". Esta creencia en la libre movilidad de los factores productivos se encuentra en el núcleo fundamental de la ideología empresarial norteamericana, empeñada como está en embellecer las supuestas virtudes de los mercados libres al paso que se condena cualquier tipo de intervención estatal que no favorezca a los mono polios y oligopolios o que introduzca siquiera un mínimo grado de control popular o democrático en los procesos económicos. H&N parecen ignorar, desde su plataforma en la estratósfera, que Reich fue el secretario de Trabajo en un gobierno que presidió uno de los períodos más dramáticos de reconcentración de ingresos y riquezas en toda la historia de los Estados Unidos, cuando los asalariados vieron desmantelar algunas de las piezas más importantes de la legislación laboral, y la precarización llegó a ni veles sin precedentes no sólo en los distritos rurales de Alabama y California sino también en el Upper West Side de Manhattan, donde cientos de negocios elegantes reclutaban inmigrantes in documentados para atender a sus clientes pagando salarios que se encontraban muy por debajo del mínimo legal. Quizás nuestros dos académicos no pudieron percibir, desde el sereno confort de sus bibliotecas, que ninguno de estos inmigrantes ilegales transita sin esfuerzos por las fronteras norteamericana o francesa. La historia de estos inmigrantes es de violencia y muerte, de dolor y miseria, de sufrimientos y de humillaciones, y es una historia en la cual el actor crucial es el que H&N describen como el declinante estado-nación. Hubiera convenido que antes de escribir sobre estos temas los autores hubiesen entrevistado a algún trabajador indocumentado procedente de México, El Salvador o Haití para preguntarle qué significa la expresión "la migra", nombre de la policía migratoria de los Estados Unidos y cuya so la mención aterroriza a los inmigrantes; o que lo interroguen acerca de cuánto tuvo que pagar para ingresar ilegalmente a los Estados Unidos, cuántos de sus amigos murieron en el intento, o qué quiere decir la palabra "coyote" en la frontera californiana. ¿Oyeron hablar de los fallidos inmigrantes abandonados en el desierto fronterizo que mueren calcinados por el sol pero reconfortados por las palabras de Reich? ¿Pueden ignorar que la frontera mexicano-norteamericana cobró mayor número de víctimas humanas que el infame Muro de Berlín a lo largo de toda su existencia? Convendría también que preguntas similares les fueran

formuladas a los inmigrantes ilegales en Francia y el resto de Europa. Una rápida ojeada a algunos de los documentos del PNUD o de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) les hubieran ahorrado a H&N cometer errores mayúsculos como éste.

Claro que no es el único. Nuestros autores parecen creer que el dinero, la tecnología, las fábricas y el equipamiento también gozan de los favores de la ilimitada movilidad. El dinero es, sin duda, el más móvil de todos, pero aún así se encuentra sujeto a ciertas restricciones. No son sumamente estrictas pero existen. Pero, ¿qué pensar de la tecnología y todo el resto? ¿Creen de verdad que ella y los demás factores de la producción circulan tan libremente a través de la frontera como lo pregona Reich? ¿Cuál tecnología, en todo caso? ¿La de última generación? Eso es algo que hasta un niño de la escuela primaria ya sabe. Obviamente que la tecnología y sus productos circulan, pero la que se mueve con tantas libertades seguramente no es la última, ni la mejor. Los países del Tercer Mundo saben que pueden acceder sin problemas a tecnologías obsoletas, o semi-obsoletas, verdaderas reliquias ya abandonadas por las naciones que van a la cabeza del concierto industrial del planeta. Si las mejores tecnologías fluyeran como asegura el discurso empresarial, ¿por qué hay tantos casos de espionaje industrial, que involucra a la totalidad de los países industrializados? ¿Cómo explicar la piratería industrial, las imitaciones y copias ilegales de toda clase de tecnologías y productos?

La aceptación de algunos de los presupuestos centrales de los ideólogos de la globalización por parte de H&N es sumamente preocupante. Su creencia en la desaparición de los productos, empresas e industrias nacionales es absolutamente indefendible a la luz de la evidencia cotidiana que demuestra la vitalidad, sobre todo en los países más desarrollados, de tarifas aduaneras, barreras no arancelarias y subsidios especiales por los cuales los gobiernos buscan favorecer de mil maneras a sus productos nacionales, sus empresas y sus actividades económicas. Nuestros autores viven en países en los cuales el proteccionismo tiene una fortaleza extraordinaria, y sólo puede ser ignorado por quienes se empeñan en negar su existencia simplemente porque el mismo no tiene lugar en su teoría. El gobierno norteamericano protege a los habitantes de su país de la competencia externa de las frutillas mexicanas, los automóviles brasileños, los tubos sin costura de la Argentina, los textiles salvadoreños, las uvas chilenas y la carne uruguaya, mientras que del otro lado del Atlántico los ciudadanos europeos se encuentran seguramente protegidos por la "Fortaleza Europa" que, mientras pregona hipócritamente las virtudes del libre comercio, cierra herméticamente sus puertas a la "amenaza" originada por las vibrantes economías de África, América Latina y Asia.

Con relación a la declarada desaparición de las empresas nacionales, un simple test bastaría para demostrar el insanable equívoco de esa tesis. Por ejemplo, H&N deberían tratar de vencer a un gobierno amigo o a alguna multitud decidida a todo de que expropié la sucursal local de una firma "global" y, por lo tanto, supuestamente desenganchada de cualquier base nacional como por ejemplo Microsoft, McDonald's o Ford; o si prefieren, pueden indicar que se haga lo propio con el Deutsche Bank o Siemens, o con la Shell y Unilever. Luego sólo resta sentarse a esperar para ver quién aparece en la ciudad capital de tan audaz república para exigir una revisión de la medida. Si las empresas fuesen globales, correspondería que hiciera su aparición para presionar al gobierno local por su decisión en nombre de los mercados globales y la economía mundial el Sr. Kofi Annan, o el Director General de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Sin embargo, es muy probable que en vez de tales personajes aparezca el embajador de los Estados Unidos, o de Alemania, o del Reino Unido para exigir, con la rudeza e insolencia acostumbradas, la inmediata revisión de la decisión so pena de castigar al país con toda clase de sanciones y penalidades. Pero si este ejemplo hipotético

resultara demasiado rebuscado, H&N deberían preguntarse, por ejemplo, quién fue el representante de la Boeing Corporation en las duras negociaciones con los funcionarios de la Unión Europea en relación con la competencia comercial con el Airbus. ¿Creen que los intereses de la primera fueron defendidos por un descafeinado CEO nacido en Bangladesh y que realizó sus estudios de postgrado en Administración de Empresas en Chicago, o por los más altos funcionarios del gobierno norteamericano con la ayuda de su embajador en Bruselas actuando en directa comunicación con la Casa Blanca? En el mundo real, y no en la nebulosa república imaginada por los filósofos, lo último es lo que realmente ocurre, y esto lo sabe cualquier estudiante de Introducción a la Economía en el primer cuatrimestre de estudios de licenciatura a las dos semanas de iniciadas las clases.

¿Pueden H&N desconocer que las doscientas megacorporaciones que prevalecen en los mercados mundiales registran ventas por un total combinado mayor que el PBI de la totalidad de los países del planeta excepto los nueve mayores? Sus ingresos totales anuales alcanzan los 7,1 billones de dólares y son tan grandes como la riqueza combinada del 80% de la población mundial, cuyos ingresos apenas alcanzan los 3,9 billones. Pese a ello, estos gigantes leviantes de la economía mundial emplean a menos de un tercio del 1% de la población mundial (Barlow, 1998). La retórica de los ideólogos de la globalización neo liberal no alcanza a disimular el hecho de que el 96% de esas doscientas empresas globales y transnacionales tienen sus casas matrices en ocho países, están legalmente inscritas en los registros de sociedades anónimas de ocho países, y sus directorios tienen su sede en ocho países del capitalismo metropolitano. Menos del 2% de los miembros de sus directorios son extranjeros, mientras que más del 85% de todos los desarrollos tecnológicos de las firmas se originan dentro de sus "fronteras nacionales". Su alcance es global, pero su propiedad y sus propietarios tienen una clara base nacional. Sus ganancias fluyen de todo el mundo hacia su casa matriz, y los créditos necesarios para financiar sus operaciones mundiales son obtenidos convenientemente por sus casas centrales en los bancos de su sede nacional a tasas de interés imposibles de encontrar en los capitalismo periféricos, con lo cual pueden desplazar fácilmente a sus competidores (Boron, 1999: p. 233; Boron, 2000[b]: pp. 117123).

Noam Chomsky cita, por ejemplo, un informe reciente de la revista de negocios Fortune en la que se informa que, en una encuesta practicada entre las cien más grandes empresas transnacionales de todo el mundo, la totalidad de las firmas, sin una sola excepción, reconocieron haberse beneficiado de una manera u otra de las intervenciones hechas en su favor por los gobiernos de "sus países" y el 20% de ellas admitió que habían evitado la bancarrota gracias a los subsidios y los préstamos de rescate que les habían sido oportunamente concedidos por "sus gobiernos" (Chomsky, 1998; Kapstein, 1991/2). En suma: pese a lo afirmado por los autores de Imperio, los estados-nación todavía siguen siendo actores cruciales en la economía mundial, y las economías nacionales siguen existiendo.

SOBRE LA LÓGICA POSMODERNISTA DEL CAPITAL GLOBAL

En línea con el argumento desarrollado en la sección anterior, H&N afirman que con la constitución del imperio se produjo un profundo cambio en la lógica con la cual opera el capital global. La lógica que predomina en nuestros días es la del posmodernismo, con su énfasis en la exaltación de lo instantáneo, los perfiles siempre cambiantes de los deseos, el culto a la elección individual, "la adquisición perpetua y el consumo de mercancías y de imágenes mercantilizadas (...) la diferencia y la multiplicidad (...) el fetichismo y los simulacros, el

mostrarse continuamente fascinado con lo nuevo y con la moda" (pp. 147-148). Todo esto lleva a nuestros autores a concluir que las estrategias del marketing siguen una lógica posmoderna, puesto que aquél es una práctica empresarial orientada a maximizar las ventas a partir del reconocimiento y explotación comercial de las diferencias. A medida que las poblaciones se tornan cada vez más híbridas, las posibilidades de crear nuevos "mercados puntuales" proliferan inconteniblemente. La consecuencia es que el marketing despliega un infinito abanico de estrategias comerciales: "una para varones gay latinos de entre dieciocho y veintidós años, otra para adolescentes chino-americanas, etcétera" (p. 148).

Conscientes de que al pretender inferir la lógica global del capital desde las estrategias del marketing se encuentran en un terreno muy resbaladizo, H&N dan un paso al frente para asegurar que la misma lógica posmoderna es la que impera en el corazón de la economía capitalista: la esfera de la producción. Para ello se hacen eco de algunos desarrollos recientes en el campo de la administración de empresas en donde se afirma que las corporaciones tienen que ser "móviles, flexibles y capaces de tratar eficientemente con la diferencia" (p. 148). Como era previsible, la aceptación ingenua de estos supuestos avances en la "ciencia de la administración" en realidad, estrategias para potenciar la extracción de la plusvalía condujo a H&N a una visión completamente idealizada de las corporaciones globales de nuestros días. Estas aparecen como "mucho más diversificadas y fluidas culturalmente que las organizaciones modernas parroquiales de los años anteriores". Una consecuencia de esta mayor diversidad y fluidez se pone en evidencia en el hecho de que, según nuestros autores, "las antiguas formas modernas de la teoría racista y sexista son los enemigos explícitos de esta nueva cultura corporativa" (p. 149). Por ello, las empresas globales están ansiosas por incluir

"...las diferencias dentro de su ámbito y con ello apuntan a maximizar la creatividad, la espontaneidad y la diversidad dentro del ambiente laboral. Potencialmente, la gran empresa debería incluir a personas de todas las razas, sexos y orientaciones sexuales; la rutina diaria del lugar de trabajo debería rejuvenecerse en virtud de los cambios inesperados y una atmósfera de distensión. ¡Rompe las viejas barreras y dejemos que florezcan cien flores!" (p. 149).

Luego de leer estas líneas uno no puede menos que preguntarse hasta qué punto las corporaciones son el hogar de relaciones de producción en donde se explota a los asalariados o si, por el contrario, no son verdaderos paraísos terrenales. No parece necesario ser un experto en el campo de la administración de empresas para concluir que la rosada descripción hecha por nuestros autores guarda poca relación con la realidad pues el sexismo, el racismo y la homofobia son prácticas que aún gozan de envidiable salud en la corporación global posmoderna. Quizás esta mejorada atmósfera empresarial tenga poco que ver con el hecho que, tal como lo reportara el *New England Journal of Medicine* durante el apogeo de la prosperidad norteamericana, "los varones negros en Harlem tenían menos probabilidades de llegar a la edad de 65 que los hombres en Bangladesh" (NEJM, 1990). H&N vuelven a caer recurrentemente en los sutiles lazos de la literatura empresarial y los ideólogos del libre mercado. Si fuéramos a aceptar sus puntos de vista ¡en realidad los puntos de vista de los gurúes de las escuelas de administración de empresas! todo el debate en torno al despotismo del capital en la empresa pierde su significación, lo mismo que las cada vez más intensas demandas a favor de la democratización de las firmas propuestas por teóricos de la talla de Robert A. Dahl en los últimos años (Dahl, 1995: pp. 134-135). Aparentemente, la tiranía estructural del capital se ha desvanecido en la medida en que los asalariados acuden a su trabajo no para ganarse el pan sino para entretenerse en un clima distendido y agradable que les permite expresar sus deseos sin ninguna clase de restricciones. Este retrato difícilmente se

reconcilie con las historias que reporta inclusive la prensa más vinculada al capital en relación a la extensión de la jornada de trabajo en la corporación global, el impacto devastador de la flexibilización laboral, la degradación del trabajo, la acrecentada facilidad para despedir trabajadores, la precarización del empleo, las tendencias hacia una reconcentración regresiva de los sueldos y salarios dentro de la firma, para no mencionar historias de horror tales como la explotación de los niños en muchas corporaciones globales.

Pareciera innecesario insistir ante dos autores que se identifican como comunistas y buenos lectores de Marx sobre el hecho de que la lógica del capital, sea global o nacional, poco tiene que ver con la imagería proyectada por los teóricos de las escuelas de negocios o por los eclécticos filósofos posmodernos. El capital se moviliza por una inexorable lógica de generación de ganancias, cualesquiera sean los costos sociales o ambientales que ésta demande. A fin de maximizar las ganancias e incrementar la seguridad de largo plazo el capital viaja por todo el mundo, y es capaz de establecerse prácticamente en cualquier lugar. Las condiciones políticas son un asunto de la mayor importancia, especialmente si se atiende a la necesidad de mantener a la fuerza de trabajo obediente y disciplinada. El chantaje empresarial también desempeña un papel muy importante, debido a que las firmas globales, con el apoyo de "sus gobiernos", procuran ser beneficiadas con concesiones extraordinarias hechas por los sedientos estados de la periferia empobrecida. Estas concesiones van desde generosas exenciones impositivas de todo tipo hasta la implantación de una legislación laboral contraria a los intereses de los trabajadores, o que desaliente la militancia sindical y debilite la acción de los sindicatos de izquierda capaces de perturbar la atmósfera normal de los negocios. En el mundo desarrollado, en cambio, las dificultades para desmontar las conquistas de los trabajadores y la legislación de avanzada sancionada en la época de oro del estado keynesiano son mucho mayores. Pero la imposibilidad de apelar a expedientes que faciliten la super-explotación de los trabajadores se compensa con el mayor tamaño de los mercados en sociedades en las cuales el progreso social creó una pauta de consumo de masas difícilmente disponible en los países de la periferia.

LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES Y EL ESTADO NACIÓN

El capítulo 14 del libro se dedica al tema de la constitución mixta del imperio. El mismo se abre, sin embargo, con un epigrama sorprendente que refleja la inusitada penetración de los prejuicios burgueses aún en las mentes de dos intelectuales tan lúcidos y cultos como Hardt y Negri. El epigrama en cuestión es una afirmación hecha no por un gran filósofo o por un distinguido economista. Tampoco la formula un estadista de renombre o un líder popular. Se trata de unas palabras pronunciadas por Bill Gates, y dicen lo siguiente:

"Uno de los aspectos maravillosos de la autopista de la información es que la equidad virtual es mucho más fácil de lograr que la equidad del mundo real (...) En el mundo virtual todos somos criaturas iguales".

Dos breves comentarios. En primer lugar, nadie comprende la razón por la cual un capítulo destinado a examinar los problemas de la constitución mixta del imperio comienza por una cita banal de Bill Gates sobre la supuesta equidad de las autopistas de la información. Tal vez porque citar a Gates se ha convertido en una moda entre algunos intelectuales progresistas de Europa y los Estados Unidos. El lector, aún el mejor predispuesto, no puede sino sentir un

molesto escozor ante este tributo pagado al hombre más rico del mundo y la personificación más genuina de un orden mundial que, supuestamente, H&N desean fervientemente cambiar.

Lo segundo, y aún más importante, es que Gates está equivocado, profundamente equivocado. No todos hemos sido creados igual en el mundo de la información y en el fantástico universo de la virtualidad. Seguramente Gates jamás trató con alguna de los tres mil millones de personas que en el mundo nunca hicieron o recibieron un llamado telefónico. Tanto él como Hardt y Negri deberían recordar que en países muy pobres, como Afganistán, por ejemplo, sólo cinco de cada mil personas tienen acceso a un teléfono. Esta figura, espeluznante, está lejos de ser exclusiva de ese país. En muchas áreas del sur de Asia, en África al sur del Sahara, y en algunas regiones muy atrasadas de América Latina y el Caribe, las cifras no son mucho mejores (Wresch, 1996). Para la mayoría de la población mundial los comentarios de Gates son una broma, cuando no un insulto a su miserable e inhumana condición.

Dejando de lado este desafortunado comienzo, el capítulo introduce una periodización del desarrollo capitalista que consta de tres fases: la primera, que se extiende a lo largo de los siglos XVIII y XIX, es un período de capitalismo competitivo caracterizado según H&N por "la necesidad relativamente escasa de intervención estatal, tanto en el interior de las grandes potencias como fuera de ellas" (p. 282). Para nuestros autores las políticas proteccionistas de Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, amén de las políticas imperialistas de expansión colonial promovidas e implementadas por los respectivos gobiernos nacionales, no califican para ser consideradas como "intervención estatal". De la misma manera, la legislación destinada a reprimir a los trabajadores sancionada con diferentes grados de intensidad en todos esos países durante un largo período histórico tampoco sería un ejemplo de intervención del estado en la vida económica y social. Téngase en cuenta que dichos cuerpos legales incluyen casos tan relevantes como la anticombination act de Inglaterra, la ley Le Chapelier en Francia, la legislación antisocialista del Canciller Bismarck en Alemania que condenó al exilio a miles de trabajadores, y las normas legales que hicieron posibles las prácticas brutalmente represivas en contra de los trabajadores en los Estados Unidos, emblemáticas en la matanza del 1º de mayo de 1886 en Haymarket Square, en Chicago. En su momento Gramsci formuló algunas muy precisas observaciones en torno a la "cuestión meridional" en las que demostraba que el complejo sistema de alianzas que hizo posible la unificación italiana descansaba sobre un conjunto de sofisticadas políticas económicas que permitían sostener, en los hechos, la coalición dominante. Fue este autor quien señaló el "error teórico" de las doctrinas liberales que celebraban la prescindencia del estado en relación al proceso de acumulación capitalista. En los Quaderni, Gramsci escribió que:

"el laissezfaire también es una forma de "regulación" estatal, introducida y mantenida por medios legislativos y coercitivos. Es una política deliberada, consciente de sus propios fines, y no la expresión espontánea y automática de los hechos económicos. Consecuentemente, el liberalismo del laissezfaire es un programa político" (Gramsci, 1971: p. 160).

La razón de este grueso error debe hallarse en la incapacidad de los escritores liberales para reconocer el hecho de que la distinción entre sociedad política y sociedad civil, entre economía y política, "es hecha y presentada como si fuera una distinción orgánica, cuando se trata de una distinción meramente metodológica" (Gramsci, 1971: p. 160). La "pasividad" del estado cuando el zorro ingresa al gallinero no puede ser concebida como la inacción propia de un actor neutral. Esa conducta se denomina complicidad o, en algunos casos, conspiración. Estos breves ejemplos son suficientes para comprobar que el saber convencional no tiene capacidad de proveer guías adecuadas para explicar algunos de los rasgos centrales del primer período

identificado por H&N. Y ciertamente la prescindencia estatal no fue uno de ellos. Es verdad que, por comparación a lo que habría de ocurrir en el período posterior a la Gran Depresión, los niveles de intervención estatal eran menores. Pero esto no significa que no hubiera intervención, o que la necesidad de la misma fuera mucho menor. Había, por el contrario, una gran necesidad de ella, y los diversos gobiernos burgueses respondieron adecuadamente a la misma. Naturalmente, luego de la Primera Guerra Mundial y la crisis de 1929 estas necesidades aumentaron extraordinariamente, pero ello no debería conducirnos a creer que con anterioridad a estas fechas el estado no jugó un papel de primer orden en la acumulación capitalista.

Pero el problema más serio con la interpretación de H&N surge cuando ellos se dirigen a la "tercera fase" en la historia del matrimonio entre el estado y el capital. En sus propias palabras:

"Hoy ha madurado plenamente una tercera fase de esta relación, en la cual las grandes compañías transnacionales han superado efectivamente la jurisdicción y la autoridad de los estados-nación. Parecería pues que esta dialéctica que ha durado siglos llega a su fin: ¡el estado ha sido derrotado y las grandes empresas hoy gobiernan la Tierra!(p. 283, bastardillas en el original).

Esta afirmación no sólo es errónea sino que también expone a nuestros autores a nuevos desaires. Preocupados por haber ido demasiado lejos en su entusiasmo antiestatista, advierten que es necesario "hacer un examen más minucioso del proceso mediante el cual cambió la relación entre el estado y el capital" (p. 283). Lo curioso del caso es que luego de escribir esta oración no procedieron con la misma convicción a borrar la anterior, con lo que se afirma la sospecha de que la primera representa bastante adecuadamente lo que piensan sobre el tema. Para ellos uno de los rasgos cruciales de la época actual es el desplazamiento de las funciones estatales y de las tareas políticas hacia otros niveles y dominios de la vida social. Revirtiendo el proceso histórico por el cual el estado-nación "expropió" las funciones políticas y administrativas hasta entonces retenidas por la aristocracia y los magnates locales, en esta tercera fase en la historia del capital tales tareas y funciones fueron reapropiadas por alguien más, ¿pero quién? No lo sabemos, porque en la argumentación de H&N se produce un significativo silencio llegado este punto. Comienzan de un modo axiomático aseverando que el concepto de soberanía nacional está perdiendo su efectividad, sin preocuparse por proveer algún tipo de referencia empírica que avale esta tesis; y lo mismo ocurre con la famosa tesis de la "autonomía de la política". Si en relación a la primera tesis la evidencia está completamente ausente, y todo lo que puede decirse es que se trata de un lugar común de la ideología burguesa contemporánea, en lo tocante a la segunda tesis H&N están completamente equivocados. Para respaldar su interpretación nuestros autores sostienen que "hoy no tiene razón de ser ninguna noción de la política que la entienda como una esfera independiente donde se determina el consenso y como una esfera de mediación entre fuerzas sociales" (pp. 283-284). Pregunta: ¿cuándo y dónde fue la política esa "esfera independiente" o esa simple "esfera de mediación"? Ante la cual podría responderse que lo que está en crisis no es tanto la política que puede estarlo, pero por otras razones sino una concepción schmittiana de la política, una concepción que muchos intelectuales progresistas en Europa y los Estados Unidos cultivaron con desordenada pasión por muchos años. Producto de esta viciosa adicción, las confusas construcciones doctrinales de un teórico nazi como Carl Schmitt no sólo un académico sino también uno de los más elevados magistrados del Tercer Reich fueron reconocidas como una contribución de primer orden a la teoría política capaz de hallar la vía de escape para la tantas veces pregonada "crisis del marxismo". Pero contrariamente a las enseñanzas de Schmitt, la política en las sociedades capitalistas nunca fue una esfera

autónoma de las demás. Esta discusión es demasiado conocida y generó ríos de tinta en los años setenta y ochenta del siglo pasado como para intentar resumirla ahora. Nos basta, a los efectos de este trabajo, con una breve referencia a un par de trabajos que abordan de manera directa esta problemática (Meiksins Wood, 1995: pp. 1948; Boron, 1997: pp. 95 137). En todo caso, nuestros autores se acercan más a la verdad cuando anotan, pocas líneas más abajo, que "(L)a política no desaparece; lo que desaparece es toda noción de autonomía de lo político" (p. 284). Pero, una vez más: el problema aquí es menos con la política que, sin dudas, ha cambiado que con la absurda noción de la autonomía de la política y de lo político, alimentada durante décadas por académicos e intelectuales rabiosamente antimarxistas y deseosos de sostener, contra toda evidencia, la visión fragmentaria de lo social típica de lo que Gyorg Lukács caracterizara como el pensamiento burgués (Lukács, 1971).

En la interpretación de H&N el declinar experimentado por la autonomía de la política dio lugar a una concepción ultraeconomicista del consenso, "determinado más significativamente por factores económicos tales como los equilibrios de los balances comerciales y la especulación sobre el valor de las monedas" (p. 284). De este modo, la teorización gramsciana que veía al consenso como la capacidad de la alianza dominante de garantizar una dirección intelectual y moral que la estableciera como la vanguardia del desarrollo de las energías nacionales, es completamente dejada de lado en el análisis que nuestros autores efectúan del estado en la fase actual. En su lugar, el consenso aparece como el reflejo mecánico de las noticias económicas, como una sumatoria de cálculos mercantiles sin lugar alguno para las mediaciones políticas, perdidas todas ellas en la noche de los tiempos. Su reduccionismo y economicismo desfiguraron por completo la complejidad del proceso de construcción del consenso en los capitalismos contemporáneos y, por otra parte, no resisten el rigor del análisis que demuestra cómo, en innumerables ocasiones, se produjeron significativas conmociones políticas en momentos en que las variables económicas se movían en la "dirección correcta", como lo ejemplifica la historia europea y norteamericana en los años sesenta del siglo pasado. Por otra parte, épocas de profunda crisis económica no necesariamente se tradujeron en el rápido derrumbe de los consensos políticos preexistentes. La pasividad y la aquiescencia populares fueron notables, por ejemplo, en la ominosa década del 1930 en Francia e Inglaterra, muy al contrario de lo que por esa misma época estaba ocurriendo en la vecina Alemania. En consecuencia: es indiscutible que, dado que la política no es una esfera autónoma de la vida social, existe una íntima conexión entre los factores económicos y los de orden político, social, cultural e internacional que, en un momento determinado, cristalizan en la construcción de un consenso político duradero. Por eso mismo cualquier esquema conceptual reduccionista, sea del tipo que fuere, economicista o politicista, es incapaz de rendir cuenta de la realidad.

El remate del análisis realizado por nuestros autores es extraordinariamente importante y puede resumirse de la siguiente manera: la decadencia de la política como esfera autónoma "indica además la decadencia de todo espacio independiente donde pueda florecer la revolución dentro del régimen político nacional o donde sea posible transformar el espacio social utilizando los instrumentos del estado" (p. 284). Las ideas tradicionales de construir un contrapoder o de oponer una resistencia nacional contra el estado han ido perdiendo cada vez más relevancia en las presentes circunstancias. Las principales funciones del estado han migrado hacia otras esferas y dominios de la vida social, principalmente hacia "los mecanismos de mando del nivel global de las grandes empresas transnacionales" (p. 284). El resultado de este proceso fue algo así como la autodestrucción o el suicidio del estado capitalista democrático nacional, cuya soberanía se fragmentó y dispersó entre una vasta colección de nuevas agencias, grupos y organizaciones entre los que sobresalen "los bancos, organismos de planificación internacionales y otros... que progresivamente tendieron a buscar legitimidad

en un nivel transnacional de poder" (p. 285). Con relación a las posibilidades que se abren ante esta transformación la sentencia de nuestros autores es radical e inapelable: "la decadencia del estado-nación no es meramente el resultado de una posición ideológica que podría revertirse mediante un acto de voluntad política: es un proceso estructural e irreversible" (p. 308). Los fragmentos dispersos de la vieja soberanía estatal, y su capacidad inherente de encontrar obediencia a sus mandatos, fueron recuperados y re convertidos por "toda una serie de cuerpos jurídico-económicos, tales como el GATT, la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y el FMI" (p. 308). Dado que la globalización de la producción y circulación de mercancías ocasionaron la progresiva pérdida de eficacia y efectividad de las estructuras políticas y jurídicas nacionales, impotentes para controlar actores, procesos y mecanismos que excedían en gran medida sus posibilidades y que desplegaban sus juegos en un tablero ajeno a las fronteras nacionales, no tiene sentido alguno tratar de resucitar al difunto estado-nación. Nada podría ser más negativo para las futuras luchas emancipatorias, aseguran nuestros autores, que caer víctimas de la nostalgia de los viejos tiempos dorados. Pero aún si fuera posible resucitar al estado-nación cual Lázaro de entre los muertos, existe una razón aún más importante para desistir de esta empresa: esa institución "conlleva una serie de estructuras e ideologías represoras y cualquier estrategia que se sustente en ella debería rechazarse por esa misma razón" (p. 308). Supongamos por un momento que damos por válido este argumento. En tal caso no sólo deberíamos resignarnos a contemplar la ineluctable decadencia del estado-nación sino también la del orden democrático producto de siglos de luchas populares que inevitable mente reposa sobre la estructura estatal. H&N no se explayan sobre este tema, de capital importancia. ¿Tal vez no lo hacen por que suponen, erróneamente, que es posible "democratizar" los mercados o una sociedad civil estructuralmente dividida en clases? Sabemos que esto no es posible, tal como lo hemos examinado detenidamente en otra parte (Boron, 2000[b:] pp. 73132). ¿Cuál es la salida entonces?